

ÁNGEL LÓPEZ GARCÍA, *Cómo surgió el español. Introducción a la sintaxis histórica del español antiguo*. Gredos, Madrid, 2000; 235 pp. (BRH, II. *Estudios y Ensayos*, 420).

“Si Menéndez Pidal encontró los primeros testimonios fonéticos y morfológicos del romance en textos latinos, ¿acaso no puede hacerse algo parecido en la sintaxis?” (p. 7). Ángel López García lo intenta en las páginas de *Cómo surgió el español*. El autor quiere demostrar que la primera señal evolutiva del latín se manifestó en la sintaxis durante el siglo IV, con las versiones más tempranas de la Biblia en esta lengua: la *Vetus Latina* y la *Vulgata*. Para introducir el problema, López García muestra, con algunos textos producidos entre los siglos VI y VIII, que el latín de esa época había perdido la complejidad del clásico, lo cual se percibía en el orden de las palabras. El autor traduce la *crestomatía* palabra por palabra, y comprueba que la estructura textual de estos escritos se acerca mucho al orden de la traducción en romance. En cambio, al aplicar el mismo procedimiento a autores como Cicerón o Julio César, el resultado es ininteligible. Siguiendo este método, revisa párrafos de la *Vulgata* y encuentra en esas cadenas de palabras que alteraban la sintaxis clásica, una secuencia de elementos lógicos y coherente para un hispanohablante actual. Tras la evidencia, el autor data el origen de la evolución de los componentes sintácticos en el latín bíblico del siglo IV. La versión jerónima de la Biblia, influida por la sintaxis griega, no es protorrománica, sino románica, pues el orden de las palabras y el tipo de oraciones ya anunciaban el romance. Vale recordar que según la epístola *Ad Pammachium*, san Jerónimo no seguía la estructura impuesta por los griegos, salvo en las Sagradas Escrituras “en las que el orden de las palabras era un misterio” (p. 24).

Cómo surgió el español está dividido en cinco capítulos y una breve síntesis a manera de conclusiones. En el primero (pp. 9-48), López García explica el planteamiento general de la obra y las ideas principales. Poco a poco, con distintos ejemplos, y añadiendo detalles significativos cada vez, expone los datos que ayudarán a probar su hipótesis. Es de agradecer que el autor se detenga en recovecos teóricos para explicar y puntualizar los conceptos con los que se guía. Es un expositor paciente y explícito, no se pierde en digresiones que puedan confundir al lector. Sin embargo, hay que aclarar que éste no es un material de difusión. La lectura será proficua para quien tenga conocimientos de gramática e historia de la lengua española.

En el capítulo 2 el autor describe “La estructura sintáctica del latín clásico” (pp. 49-94), la conformación de las oraciones, los casos, la importancia del aspecto más que del tiempo, los tipos de oraciones compuestas y los cambios experimentados por la oración simple. El capítulo 3 (pp. 95-140) explica cómo se presentó la modificación

o punto de inflexión en la sintaxis latina del siglo IV al VII. Hace un recuento del cambio de posiciones entre los componentes oracionales y el enriquecimiento o pérdida de las funciones de los casos. Señala cómo las constantes confusiones exigieron a la lengua un refuerzo de las perífrasis y una atención especial a la deixis verbal. El capítulo 4 (pp. 141-184) trata de los tiempos oscuros en los que, tras la invasión árabe, el latín convivió con otra lengua. El resultado fue una diglosia que produjo textos hipercorrectos, que trataban de adecuarse a las normas de los gramáticos latinos, y textos incorrectos, que al no tener restricciones se acercaban a la forma hablada. En el capítulo 5 (pp. 185-229) confluye toda la información expuesta en los capítulos anteriores, por lo que me parece la parte más rica del libro. Puede advertirse el gran entusiasmo del autor al comentar cómo surgieron los textos romances en el siglo XII y cómo esta lengua adquirió las características sintácticas y morfológicas que la hicieron distinta de la latina.

López García explica que la evolución del latín puede explicarse con la hipótesis de la modularidad, para la cual los módulos fonológico, sintáctico y semántico son componentes del lenguaje y actúan de manera independiente. La idea de la modularidad no parece haberse explotado plenamente. En realidad, sólo se usa para decir que la sintaxis se desarrolló de manera independiente, sin que en ello se involucre la morfología y la fonética, porque la sintaxis latina “no se aprende de manera natural, se llega a dominar en las escuelas monacales con bastante esfuerzo” (p. 39). Al respecto, cabe mencionar que *Cómo surgió el español* parece un diálogo con Roger Wright, autor de *Latín tardío y romance temprano* (Madrid, 1989) y editor de *Latin and the Romance languages in the Early Middle Ages* (London, 1991). López García lo cita constantemente, critica algunas de sus posturas, aprueba otras, y es muy notoria su intención de aclarar con él varios aspectos del latín de aquellos siglos, sobre todo en lo que a pronunciación se refiere. Escribe López García que según Wright, “los textos latinos se leían simplemente a la manera romance, igual que un inglés de nuestra época pronuncia *knight*, con ortografía heredada del inglés antiguo, como [náit] o un francés pronuncia *monsieur*, igualmente con ortografía que refleja una época pasada, como [mōsié]” (p. 11). Para el autor español lo anterior es inverosímil porque no hay posibilidad de que se escriba de una manera y se pronuncie de otra, sin que haya una previa enseñanza normativa. Esta valoración fue recusada por Wright en una reseña de *Cómo surgió el español* publicada en *RF* (113, 2001, 385-387).

Más allá de la pronunciación, Ángel López García afirma que la sintaxis del latín escrito experimentó un cambio con las traducciones de la Biblia y la influencia de éstas en los textos litúrgicos. Hubo un período de estabilidad en el que comenzó a escribirse en romance

con la misma sintaxis del latín bíblico. Los cambios fonológicos fueron graduales, pero se aceleraron en el siglo v con la caída del Imperio de Occidente. No hubo manera de frenar la pronunciación vulgar. Los cambios fonéticos afectaron algunas palabras: las modificaciones se extendieron poco a poco y muchas formas se salvaron de la alteración. La analogía tuvo un papel importante en la construcción de los paradigmas morfológicos de nuestra lengua, pero el cambio del latín al español en el componente morfológico no se produjo hasta el siglo xi.

La evolución del latín (o el surgimiento del romance) experimentó bruscas transformaciones que se presentaron de manera independiente, y sin estar relacionadas con los procesos fonéticos. Entre los siglos iii y viii hubo varias modificaciones; por ejemplo, los neutros y las terminaciones en *-ium* y en *-ibus* desaparecieron alrededor del vi y del vii; las construcciones en pasiva terminadas en *-ure -i*, y los comparativos llegaron al viii. El orden objeto-verbo y el pluscuamperfecto de indicativo se mantuvieron aún después del siglo viii, y sobrevivieron a la etapa oscura, llamada así porque no hay suficientes escritos que permitan ahondar en el estudio de la lengua.

Según el autor, la evolución morfológica del latín puede ser considerada, en términos matemáticos, una catástrofe: una serie de atractores (el latín eclesiástico, el latín jurídico y el nacimiento de los textos romances) entraron en competencia y provocaron un conflicto que terminó en bifurcación. El cambio fue muy repentino y la diferencia entre los textos, muy notoria. Esto no se ve en el nivel sintáctico, pues el orden apenas fue modificado. En cambio, hubo una nueva morfofonología y un léxico diferentes. Las terminaciones del latín dejaron de usarse: al no ser comprendidas por el pueblo fueron sustituidas por otras más sencillas. El factor catastrófico, refiere López García, puede situarse en el punto donde convergen el uso de un latín eclesiástico, reformado por la norma carolingia e impulsado por el orden de Cluny, y el latín notarial heredado de la época visigótica. El latín reformado era confuso para el pueblo, lo cual originó una separación entre la lengua hablada y la lengua escrita. La lengua usada en los asuntos jurídicos era arcaica. Fue necesario cambiarla y usar las palabras del pueblo para que hubiera entendimiento. El resultado fue una remorfologización de la lengua como latín medieval y como romance. “Al presentar una apariencia diferente, los hablantes apreciaron una discontinuidad brusca entre los textos ‘latinos’ anteriores y los nuevos textos ‘romances’, por lo que técnicamente puede hablarse de catástrofe” (p. 230). El autor describe este momento como una etapa de indecisiones en la que se escribía con la sintaxis de los textos litúrgicos y se buscaba un léxico que correspondiera a la forma hablada. El romance adquirió así características propias que lo distinguieron del latín.

Esta obra es una buena aportación al estudio de los orígenes de la sintaxis, ya que son escasos los trabajos que tratan este período de la lengua. Sin embargo, considero que no hay una correspondencia clara entre el contenido y el título *Cómo surgió el español*. Explicar lo que un nombre así promete, es una labor que debe trabajarse desde múltiples perspectivas, y para la que no basta con ceñirse a la evolución del componente sintáctico de nuestra lengua. Si bien el subtítulo y el prólogo lo aclaran, quizá hubiera sido más certero adecuar el nombre del libro a los temas que abarca, aunque ciertamente sería menos llamativo. El trabajo de López García es un estudio del origen de la sintaxis sólo del español escrito y convendría precisar esto en la portada. Con respecto a la que pudo haber sido la sintaxis protorro-mánica en el discurso hablado, el autor argumenta la falta de datos para su estudio, pero considera que no podía haber un reflejo de la sintaxis hablada en la textual, “porque los hablantes analfabetos no tenían necesidad, para la vida corriente, sino de unas pocas estructuras sintácticas empleadas, además, de manera fragmentaria, es decir, que carecían propiamente de un componente sintáctico textual en su sistema lingüístico. Lo que llamamos sintaxis de las lenguas es, en gran medida, la sintaxis de los textos escritos” (p. 30). Lo anterior mengua el orden de la composición del discurso oral a la categoría de “coloquial, fragmentaria y parcelada” (p. 31), calificativos poco sustentables puesto que “no sabemos sino por muy pocos y discutibles testimonios cómo se hablaba en los siglos oscuros” (p. 30).

El tema, además de polémico, es fascinante, y la hipótesis de López García resulta por lo mismo atractiva. En su obra hace un recuento interesante de la situación del latín en la Península ibérica. Era una lengua que estaba expuesta a múltiples cambios por la diversidad de origen de sus hablantes y por el contacto que tuvo con otros sistemas lingüísticos. *Cómo surgió el español* es un libro que puede plantear múltiples preguntas que dependerán de la interpretación e intereses del lector. Tal vez, para fines prácticos hubiera sido muy conveniente incluir un índice onomástico y uno analítico.

DINORAH PESQUEIRA
El Colegio de México

JULIÁN ACEBRÓN RUIZ (ed.), *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. (Estudios sobre la ficción caballeresca)*. Edicions de la Universitat de Lleida, Lleida, 2001.

Julián Acebrón Ruiz ha recopilado doce estudios sobre diversos temas que atañen a los libros de caballerías castellanos. La finalidad de